

# EDITORIAL TABER

Ha aparecido una nueva colección:

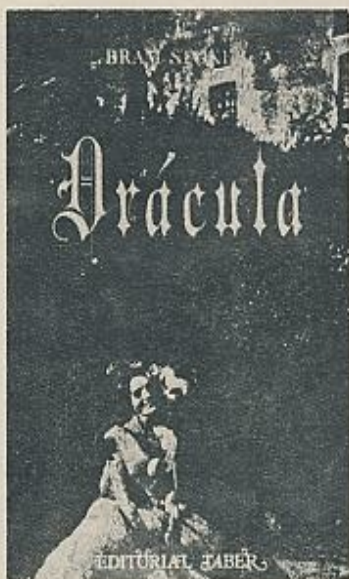
La Novela Fantástica

## DRACULA

Bram Stoker

Prólogo de Pedro Gimferrer

Por fin, dignificada la obra maestra de la literatura inglesa de terror, en una versión íntegra y cuidada.



Ha aparecido una nueva colección:

La novela Gótica y Folletinesca

## Barcelona y sus Misterios

Antonio Altadill

Prólogo de Antoni Comas

Un clásico del folletín. Un autor que en nuestros días se dedicaría al cómic

## La Bruja de Madrid

Wenceslao Ayguals de Izo.

Prólogo de Joaquim Marco

La obra de un autor del siglo XIX que posee todo el valor de lo camp



Ha aparecido una nueva colección:

Los Aristócratas del Crimen

## ROCAMBOLE

(La Herencia Misteriosa)

Ponson du Terrail

Prólogo de José Luis Guarner

Alcobas ensangrentadas y pasadizos secretos enmarcan una figura mítica popularizada por la novela, el teatro y el cine.



Editorial Taber/Epos S. A.  
Enrique Granados, 85  
Barcelona

Distribuidora Barará  
Marqués de Barará, 4  
Barcelona

Visor Libros  
Isaac Peral, 18  
Madrid

## He aquí el anuario puesto al día de los más exclusivos y sofisticados clubs americanos

**NUEVA YORK.**—¿Está mi club todavía "in" o ha perdido algo de su clásica brillantez? ¿Sigue en la clasificación de los mejores o conviene cambiarlo? ¿A qué club inscribirse? Esta angustiosa duda se ha insinuado en la conciencia de los notables neoyorquinos desde que un famoso sociólogo, Ferdinand Lundberg, autor de "The rich and the super-rich" ("Ricos y super-ricos"), hizo un análisis actualizado de los más importantes clubs americanos, de sus características y de sus socios. ¿Por qué las élites americanas están obsesionadas por esa institución llamada "club" mucho más que los propios ingleses? Y Lundberg contesta así:

Ni el dinero ni el escudo de armas ni la asistencia a escuelas particulares bastaban para garantizar calidad de élite. Se sabe que de las mejores escuelas privadas pueden salir cantantes "pop", actores, fotógrafos y hasta políticos. Para caracterizarse mejor, la «élite superior» tiene que recurrir a distintivos más vistosos, a instrumentos selectivos más rigurosos que el simple dinero, el dinero de la familia, el diploma escolar o el blasón. Y es así como entra en juego la red de clubs privados, en algunos casos tan exclusivos (especialmente en el Este del país) que ni el Papa de Roma ni la mayor parte de los presidentes de Estados Unidos han conseguido nunca ser admitidos.

Los círculos privados son la cosa más «in» de que dispone la élite de los magnates, sus auténticos centros de control, sus puestos de bloqueo. En cada metrópoli americana existe por lo menos un club reservado a los extraordinariamente ricos: el Chicago Club, el Cleveland Club, el Houston Petroleum Club, el Duquesne Club de Pittsburg, filiales, a su vez, de los más antiguos círculos de Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore. Pero los más exclusivos de todos son los neoyorquinos. Y de estos últimos no se sabe bien cuál sea el más importante. No todos los clubs son igualmente exigentes. El Knickerbocker Club exige simplemente de sus socios que sean neoyorquinos de nacimiento o, por lo menos, de residencia. The Links, constituido en 1921 con el objeto de difundir el deporte del golf, exige que sean también ricos; este club puede considerarse, en efecto,

como la mayor concentración patrimonial de Estados Unidos.

### Terreno de encuentro

Pero las verdaderas diferencias entre los clubs resultan oscuras a los ojos de los no iniciados. Un miembro de un club dijo en cierta ocasión en el Cleveland Armory: «En el Metropolitan o en el Union League o en el University puedes tratar de un negocio de diez mil dólares, pero tienes que ir al Knickerbocker, al Union o al Racquet para negocios de cien mil dólares o más, y para negocios de millones hay que acudir al Brook o al Links». Hay quienes para no equivocarse se inscriben en todos los clubs.

Mi lista de los clubs de Nueva York, por orden de importancia desde el punto de vista del poder «financiero-político», es la siguiente: 1, The Links; 2, The Knickerbocker; 3, The Metropolitan Club; 4, Racquet and Tennis Club; 5, The Brook; 6, The Union; 7, The Union League. Todos estos clubs, excepto quizá los dos últimos, están rigurosamente reservados a los círculos de la élite superior.

El terreno en que se encuentran los círculos superiores y los constituidos por el personal managerial-cultural-mundano es el Century Association Club, que entre sus socios cuenta también a artistas de fama, músicos, periodistas, narradores, abogados, ensayistas y dirigentes empresariales. La principal función de este club (así como del Club University) es hacer de enlace entre la «finpoliteia» (poder financiero político) y el mundo hiposi-



Harding, Coolidge, Hoover: hermosos días.

# PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS NO ARCANGELES

Por Ferdinand Lundberg



«Ike», el hombre de Abilene, no estaba bien visto.



Johnson: a la simpatía por la exención fiscal.

déreo: los socios pertenecientes a la élite pueden oír hablar de los substratos de la sociedad a los socios más bohemios, que pueden moverse más libremente en los pequeños cafés del Village y de Yorkville. Un atento examen de la lista de los socios de 1966 (en que aparecen nombres como Dean Rusk, Isaac Stern, Eric Sevareid, James Reston y Arnold Toynbee, junto a tres Rockefeller y otros indómitos paladines de los supernegocios) hace, sin embargo, suponer que ningún miembro del Century soñaría jamás con poner decididamente en tela de juicio la fundamental legitimidad del «establishment».

El Century es, en resumidas cuentas, el club más intelectual de Nueva York, aunque no está lo suficientemente a la izquierda como para que figuren en él gente como Norman Thomas, Scott Nearing, C. Wright Mills, Thoestein Veblen o John R. Commons, considerados todos ellos demasiado «contestatarios».

Entre los clubs de segundo orden, no exclusivos, están el Manhattan, el Lott, el Coffe House (del que es socio Nelson A. Rockefeller) y los tres círculos de ex universitarios: el Harvard, el Yale y el Princeton.

## En el fondo del barril

Más conocidos del público, quizá por sus relaciones con el mundo del espectáculo, son el Lambs, el Friars y el Players; pero hay que decir con toda franqueza que estamos en el fondo del barril en relación con los clubs antes mencionados.

No vale la pena ocuparse de éstos a no ser para precisar lo que «no es» un club de la alta sociedad.

El único club neoyorquino que frecuentaba John D. («Big John») Rockefeller era la Union League. Su hijo, «Good John», aunque apenas si se interesaba por la vida de club, era socio de casi todos. Ninguno de los Rockefeller actuales es socio de la Union League, el viejo club del abuelo. Casi todos pertenecen a la flor y nata de los círculos exclusivos: The Links, Knickerbocker, Metropolitan. Aunque son en realidad ellos quienes califican los clubs.

Nelson Rockefeller, por ejemplo, está considerado como el redentor del Knickerbocker Club, que en 1954 estuvo a punto de ser liquidado por insolvencia. Rockefeller adqui-

rió los locales, permitiendo al círculo su ocupación gratuita durante veinte años. Parece lógico pensar que sus sucesores tendrán todo el interés del mundo, aunque sea sólo un interés sentimental, en conservar vivo el club.

Los clubs, en general, no son más que centros de inutilidad que tantos periodistas pintan con indulgente humorismo, representando a despiertos viejecillos que se cuentan estúpidos chismes. De hecho, los clubs, bajo su fachada mundana, cumplen funciones muy serias.

1. Revelan, según su categoría, los diversos grados de solidez de los que constituyen lo que hoy suele llamarse el «establishment», la estructura del poder o (como dice Mills) la élite del poder. Si uno quiere saber lo que cuenta verdaderamente tras los bastidores del escenario político nacional, lo mejor es informarse sobre los socios de los clubs neoyorquinos tomando como base la lista por orden de importancia expuesta más arriba y añadiendo a la misma los círculos principales de Boston, Filadelfia, Chicago, Pittsburg, Washington, Cleveland, etcétera.

2. Los clubs son, por lo menos en las fases preliminares, teatro de algunos de los más importantes acuerdos económicos del mundo capitalista, sin que esto excluya el que muchas gestiones se realicen igualmente en los campos de golf, en los yates e incluso en las duchas de los baños turcos reservados a los dirigentes de las grandes empresas.

3. Los clubs son el lugar donde maduran las actitudes hacia las políticas nacionales en vía de actuación. Una vez conseguido el acuerdo, los clubs sirven para fijar la «línea de partido» de la «finpolítica», confiando a sus socios la ta-

rea de difundir en el mundo exterior, cada uno en su propio sector, las consignas del momento. Junto a los magnates figuran en los clubs los máximos dirigentes políticos (generalmente republicanos) y los propietarios de las principales empresas que gobiernan los mass-media.

Cuando digo que se fija la «línea de partido», no trato de afirmar que los socios de los clubs se ven obligados a aceptar los veredictos salidos de una conversación informal: oficialmente no se obliga a nadie a atenerse a la opinión prevalente, pero todos procuran uniformar su propia acción a la tendencia general.

¿De qué manera es oportuno presentar determinado presidente de la Unión a través de los mass-media? ¿Es conveniente dar una respuesta favorable o, por el contrario, desfavorable? Las conversaciones que se celebran en los clubs tratan precisamente de resolver este tipo de problemas.

Lo que importa es que los socios de los clubs, al discutir semejantes argumentos, se atengan a criterios muy «concretos». Las discusiones no se ven nunca puntuadas por los extraños y problemáticos escrúpulos propios de los intelectuales, los pacifistas, los reformadores sociales, los sociólogos, los socialistas, los sindicalistas, los antiviviseccionistas, los idealistas, los libertarios, los utópicos, los «newdealers», los ideólogos anticonformistas, los agitadores y hasta los científicos mantenidos por las fundaciones. Por extraño que parezca, el centro ideológico de todas estas discusiones de club es la libertad, entendida como libertad de los magnates para conservar y ampliar el campo de sus intereses.

Uno se da cuenta con estupor cómo en América todos los órganos de prensa, desde el Atlántico hasta el Pacífico, expresan sobre determinados argumentos un juicio igual y uniforme, como si se tratase de la deliberación de un oculo politburó: ni una disensión, ni una palabra que haga sospechar un mínimo de desviacionismo. Parece como si estuviésemos leyendo los periódicos soviéticos. La fuente (o las fuentes) de tanta uniformidad, como ocurrió cuando el 1,85 por 100 de la prensa se opuso a la candidatura de Roosevelt, ha de buscarse en las deliberaciones tomadas en los clubs por los grandes y pequeños magnates de la industria y de las finanzas.

## Más influyentes que el Senado

Para controlar o influir sobre la política pública hay más posibilidades de que le oigan a uno en un club que en el Senado de Estados Unidos.

A diferencia de lo que ocurre con los diputados del Congreso, que han de volver a casa a intervalos regulares para presentarse a reelección, los socios de los clubs son prácticamente vitalicios, y no tienen que sufrir los obstáculos parlamentarios de procedimiento.

Repasar la lista de los socios del Links o del Knickerbocker es pasar revista a los más fulgidos representantes de la diplomacia, la aristocracia y el poder militar, además del económico. Tampoco faltan los grandes nombres extranjeros. Entre los socios del Knickerbocker Club, por ejemplo, los primeros por orden alfabético son el príncipe Aymn M. Aga Khan y Giovanni Agnelli, industrial italiano, seguidos por un conde Bertil Bernadotte de Suecia, por un conde Marc de Logeres, un sir Alec Randall, un marqués Filippo Tjeodoli, etcétera.

Muchos de los socios de los clubs más prestigiosos recuerdan con nostalgia los hermosos días de la época de Harding, Coolidge y Hoover, aunque no parecen demasiado entusiastas de un Eisenhower o un Kennedy. En 1967, los clubs mostraron su entusiasmo por Lyndon B. Johnson, el hombre de la exención fiscal por agotamiento de los pozos de petróleo. En la actualidad simpatizan con Nixon, lo cual se comprende. No se entiende muy bien cómo es que nunca lo hicieron con Eisenhower. Quizá porque había nacido en Abilene. ■ F. L.



Nelson Rockefeller: un redentor.